

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 454

50 CTS.



¡Una  
madre!

POR  
Mary Carr  
Jason Robards  
y  
Jobyna Ralston

Número extraordinario

FilmoTeca  
de Catalunya

EB



Tipografía Barcelona  
Aribau, 20B - Teléf. 75087  
BARCELONA



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 454

---

## ¡Una madre!

Emocionante asunto, interpretado por  
Mary Carr, Jason Robards  
y Jobyna Ralston



EXCLUSIVA DE

**Cinematográfica Almira**

Rambla Cataluña, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MARIE MAC ALISTER



---

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

---

---

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona



# ¡Una madre!

---

ARGUMENTO DE LA PELICULA

---

Juan Bennett y Julio Bryant eran dos pájaros de cuenta. Sus juventudes sólo conocían el vicio y la ilegalidad. Iban dando saltos al margen de la ley, perseguidos por la policía, que cada vez estrechaba más su cerco.

Eran dos ladrones peligrosos, sobre cuyas conciencias pesaban ya una colección de delitos. Iban por las diferentes ciudades de Norteamérica, desvalijando a las personas incautas y confiadas.

Se habían instalado últimamente en un hotel de Nueva York, dispuestos a dar un golpe de los de categoría. Eduardo Stark, uno de los jo-



jeros más importantes de la ciudad, era la presunta víctima.

Juan le había escrito, haciéndose pasar por un importante comerciante en joyas y rogándole tuviera la amabilidad de ir al hotel, pues, encontrándose enfermo, no podía ir personalmente a la joyería. Deseaba adquirir una buena cantidad de alhajas, para poder venderlas luego en un supuesto establecimiento que tenía en Chicago.

Eduardo Stark, al recibir aquella carta firmada por un tal señor Nicholson, de Chicago, se dirigió al hotel con su más valiosa colección de joyas. Pero, hombre escarmentado, que conocía las tretas de que a veces se valen los ladrones, se hizo acompañar por dos agentes de policía, por si fuera víctima de un engaño y se hiciera necesaria la intervención de la autoridad.

En realidad, comenzaba a sospechar acerca de la autenticidad de aquel supuesto joyero de Chicago, cuyo nombre no había encontrado en las listas de la profesión.

¿Quién sería? ¿Se trataría tal vez de un timo, de una celada? Por lo que pudiera ser, él llevaba los dos agentes de policía.

El joyero avanzó hacia el *bureau* del hotel y dijo al conserje:

—Soy Eduardo Stark. El señor Nicholson, de Chicago, me espera en su habitación.

—Perfectamente. Haga el favor de aguardar. Voy a avisarle.

Llamó por teléfono a la habitación de los dos sujetos, y Juan le contestó que el señor Stark podía subir inmediatamente.

Stark dijo entonces a los dos policías:

—Ustedes aguardarán en el corredor. No debo dar a este señor Nicholson la impresión de mis sospechas, por si son infundadas. Acaso se trate de una buena persona.

Poco después llamaba al cuarto del señor Nicholson.

Juan Bennett se sentó en un sillón, cubriéndose medio cuerpo con un almohadón y reclinando la cabeza a un lado, como si se encontrara realmente enfermo.

Su cómplice, Julio Bryant, haciendo el papel de secretario de Nicholson, se apresuró a abrir la puerta.

El señor Stark, lentamente, mirando a todas partes con sus ojos inquisitivos y enérgicos, se detuvo ante el enfermo. Pero distraído contemplando la pálida faz de aquel hombre, no se dió cuenta de que Julio había cerrado la puerta con llave.



Juan Bennett pareció hacer esfuerzos para levantarse del sillón, y luego volvió a dejar caer su cuerpo con ademán fatigado.

—¡Ah, no puedo moverme!... Y siento que mi enfermedad me haya impedido ir a su despacho, señor Stark.

—He tenido mucho gusto en venir a verle—dijo Stark, algo más confiado, pues realmente Juan tenía el rostro pálido de un enfermo.

—Hoy telegrafió mi casa de Chicago fijando el pedido y ordenando su envío inmediato—añadió Juan—. Ahora escogeremos las joyas que me he de llevar.

—Traigo mi mejor colección.

Destapó una cajita de terciopelo y apareció en su interior un oleaje de mágicas luces. Rubíes, brillantes, perlas, turquesas, amatistas, todas las maravillas luminosas que la tierra y el mar producen en el misterio de su profundidad.

Brillaron codiciosos los ojos de Juan ante aquel tesoro; hizo una seña casi imperceptible a Julio, y éste, colocado detrás del joyero, apuntó a Stark con un revólver en mitad de la espalda.

Oyó el señor Stark una voz brutal que le de-

cía: “¡Manos arriba!”, y sintió el contacto de un revólver que le apretaba la carne.

¡Gran Dios! ¡Lo que él había temido! Aquellos hombres eran dos ladrones, y él había caído en el garlito.

La voz volvió a ser más imperativa y dura, y ahora el supuesto enfermo se levantó ágilmente y le encañonó también con una larga pistola.

Stark se vió perdido... ¡Si a lo menos acudiesen los dos agentes!... Fué alzando los brazos, obedeciendo las órdenes de los miserables, hasta que, de pronto, se sintió envuelto en un denso manto que le privó por entero la visión.

Juan y Julio le ataron en un santiamén, para que no pudiera ser obstáculo a sus planes... Pero el joyero tuvo aún fuerzas para moverse y echar al suelo varias sillas, a fin de llamar convenientemente la atención.

Los ladrones cogieron la cajita con las espléndidas joyas y se dispusieron a huir. Pero la caída de las sillas había extrañado a los dos agentes, quienes llamaron a la puerta, y, al no hallar contestación, comenzaron a empujarla con la fuerza vigorosa de sus espaldas.

Los dos cómplices, viéndose comprometidos,



aguardaron en una estancia contigua los acontecimientos.

No tardaron los agentes en hacer saltar la cerradura, e irrumpieron en la habitación, apresurándose a desatar al pobre joyero. Y mientras estaban realizando esta operación, los ladrones se deslizaron furtivamente por el cuarto, marchando hacia el corredor y bajando las escaleras a toda velocidad.

Pero les habían visto.

—¡Son ellos!—gritó el joyero—. ¡Ellos, que se han apoderado de mi cajita de alhajas!

Y corrieron en su persecución con rapidez de gentes acostumbradas a las persecuciones.

Los dos ladrones seguían en su furioso desenso, pero la distancia se acortaba.

Los policías comenzaron a disparar, y una de las balas hirió gravemente a Juan Bennett, que apenas pudo sostenerse en pie. Su compañero se vió obligado a arrastrarle casi materialmente, a llevarle en sus brazos, haciendo más difícil, con aquella impedimenta, la huida.

Ya casi les iban a dar alcance... Creyendo que si devolvían las joyas se marcharían, Julio arrojó al suelo la cajita y prosiguió su marcha hacia la calle.

Stark lanzó un grito de alegría al recoger

aquella cajita de terciopelo, que valía una fortuna; pero los agentes prosiguieron la persecución, dispuestos a apresar a los que, libres, eran siempre un peligro para la sociedad normal y bien organizada.

Julio y Juan llegaron finalmente a la calle, donde ya tenían un automóvil preparado. El primero dejó caer a su compañero en el asiento, y empuñó el volante, partiendo a una velocidad de competición por las vías céntricas y asfaltadas.

Los dos agentes, subiendo a otro coche, continuaron la caza de aquellos dos sujetos que habían fracasado en su vil proyecto, y uno de los cuales tenía el pecho abierto por una bala.

\* \* \*

Tras las grandes vías rectas vinieron los callejones de los barrios pobres, de los barrios viejos, piélago donde era fácil perderse y desorientarse.

Los ladrones dejaron el automóvil en una esquina y continuaron a pie un corto trecho, hasta llegar a una casa de vecindad cuya escalera subieron, entrando en un pequeño cuarto que respiraba miseria.

Era aquélla la vivienda "oficial" de los dos



enemigos de la ley. Allí, durante su estancia en Nueva York, fraguaban sus planes siniestros. En el gran hotel, sólo habían permanecido unas horas para realizar aquel robo que tan mal les acababa de salir.



*...entrando en un pequeño cuarto...*

Pálido, desangrándose, sintiendo que la vida se escapaba de su corazón, Juan dejóse caer en el lecho, mientras su compañero le contemplaba con la ternura de una verdadera amistad.

—Deberíamos huir de la ciudad, Julio—dijo

el herido con palabra entrecortada—. Pero, ¡ay! apenas puedo andar.

—¡Pobre amigo mío!

—No he ganado más que una dosis de plomo. He ahí todo mi botín.

—¿Estás en disposición de caminar más?

—No... ¡No puedo... no puedo!—dijo, probando de erguirse inútilmente de la cama.

Se sentía muy mal. Un terrible peso pareció condenarle a permanecer inmóvil, extendido.

—No creas que vengán aquí a buscarnos—dijo Julio—. Me parece que les hemos desorientado en nuestra huída...

Sus ojos se fijaron en un sobre que había en el suelo, junto a la puerta de entrada. Julio se apresuró a recogerlo. Iba dirigido a su compañero Juan Bennett y contenía diferentes direcciones, todas tachadas hasta aparecer intacta la actual, en que vivían ahora en Nueva York.

—Una carta para ti, Juan. Es letra de mujer.

El herido se incorporó penosamente y contempló la letra del sobre.

—Es de mi madre—dijo con gesto indiferente—. ¿Qué me querrá la buena señora?

Abrió la carta y sonrió con frialdad a medida que sus ojos cansados iban pasando por aquellos renglones.



—Toma... lee...—dijo a su amigo.

Este se enteró del contenido:

*Mi querido Juan: Deseo que vuelvas a casa. Va a hacer quince años que te fuiste, hijo mío, quince años que llevo pidiendo a Dios, noche tras noche, que no me deje morir sin la alegría de volverte a ver. Ven a Danbury, no faltes.*

*Tu madre que te adora,*

*María.*

Los ojos de Julio parpadearon con cierta inquietud. Aquella carta había hecho nacer en su corazón recuerdos olvidados, escenas de otros días.

Pensó que también él había tenido una madre y que, tal vez, de no haber muerto ella cuando Julio no era más que un chicuelo, no se vería éste ahora en tan apurada situación. Acaso, guiado por los consejos de sus padres, hubiese seguido una senda diferente y tranquila. Pero desaparecidos los que le dieron el ser—también su padre murió hacía algunos años—, Julio se encontró huérfano y solo en una gran ciudad y comenzó a frecuentar los malos lugares, los garitos; empezó a tener perversas compañías y fué conociendo todos los matices más repugnantes de la picardía y de la delincuencia. Y ahora,

ya no podía dejar de ser otra cosa que un ladrón...

Volvió a leer aquella carta, y de pronto dijo a su compañero:

—¿Por qué no vuelves a tu casa, Juan? De cualquier modo, tenemos que escondernos, pues la policía ya nos tiene el ojo echado... En tu hogar estarías seguro.

—¡Nunca iré a casa!—respondió Juan con voz muy débil—. Escribí a mi madre desde San Francisco, hace un año, cuando sentí la necesidad de regenerarme... pero esto pasó... y ya no puedo volver atrás.

—Es por tu bien... Te lo aconsejo.

—¡No!... Pero... calla... calla...

Se oyeron pasos. Alguien forcejeaba la puerta por la parte exterior.

Miráronse horrorizados, comprendiendo que la policía iba a proceder a su detención.

—¡Los agentes! ¡Nos han descubierto! ¡Estamos perdidos!—dijo Juan levantando los puños con furor.

—¡Huyamos!

—Sí... Saltaremos por la ventana.

Pero cuando Juan quiso levantarse, volvió a caer pesadamente en el lecho, poniéndose la mano en el corazón y retirándola tinta en sangre.



—¡Animo, Juan!... ¡Valor!—le decía su camarada.

—No puedo—balbució—. ¡Todo es inútil, Julio!... ¡Me muero!... ¡Sálvate tú! Huye...

—Contigo... quiero marcharme contigo...

Menudeaban los golpes en la puerta y la madera vacilaba, pronta a ceder al empuje de la policía.

—¡No... no puedo seguirte!... ¡Sálvate... tú solo!...—decía Juan, con voz rota por el cansancio.

—Yo no te dejaré en poder de los agentes... ¡Nunca!

Lo levantó, lo abrazó estrechamente contra él y abrió la ventana para escapar con el compañero herido. Pero éste dió un nuevo y agonizante sollozo, y desplomóse en tierra como un muerto.

—¡Juan... Juan!—dijo Julio, cogiéndolo penosamente y volviendo a ponerlo sobre el lecho

El herido abrió los ojos, vidriosos por una cercana muerte, y con voz apagada, dijo, dejando caer sobre su amigo la carta de su madre:

—Toma... No quiero... que sepan... quién soy... Toma... Yo...

No dijo más. Su cabeza desplomóse a un costado.

Julio le contempló con horror... Le llamó varias veces... sin que contestase.

¡Muerto... estaría muerto!

La puerta iba a ceder ya bajo la violenta energía de los agentes.

Julio Bryant lanzó una última mirada a su desgraciado compañero, guardóse la carta en el bolsillo, y, pensando que ya nada podría hacer por el desdichado Juan, saltó por la ventana, en el instante en que los agentes irrumpían en la habitación.

Vieron a Juan inmóvil sobre el lecho, y se asomaron a la ventana para perseguir al otro cómplice. Pero Julio Bryant, con velocidad extraordinaria, estaba ya en la calle y se perdía en el laberinto de intrincadas callejuelas, un hombre más entre los millares de ciudadanos que transitaban a aquella hora del atardecer.

Y no fué posible cogerle.

\* \* \*

Julio Bryant, tras un largo divagar por la red espesa y triste de los suburbios urbanos, tomó una grave determinación.

Caído su compañero, nadie le privaba de hacerse pasar por Juan Bennett.

Aquella carta de la madre de Juan, en que



se quejaba de la larga ausencia de su hijo, le iba a dar la solución para poder ocultarse por algún tiempo.

Se dirigiría al pueblo de la buena señora y se haría pasar por su hijo. Julio tenía veinticinco años, como Juan... Cuando éste marchó de la tierra natal, no era más que un niño de diez años. Con el tiempo transcurrido, nadie iba a recordar la fisonomía de su infancia.

Era seguro el éxito. Y ello le permitiría esconderse durante algunos meses, rehuyendo las persecuciones policíacas y preparando con toda lentitud el plan de su vida futura. Allí, en aquel lugar apacible, no llegaba el eco de las luchas de la gran ciudad.

Lo primero que hizo fué enviar un telegrama a su supuesta madre, concebido en estos términos:

*María Bennett. — 351 Elm Road.—Danbury.  
—Voy a casa. — Juan.*

Y al día siguiente tomó el tren que pasaba por aquella pequeña ciudad provinciana.

Pero como era preciso adoptar precauciones para que no le vieran, subióse a un vagón de carga y, en compañía de otro vagabundo que había tomado también pasaje gratuito, salió de la estación de Nueva York.

Permanecieron encerrados durante varias horas. Iban acercándose a Danbury... Era a mediodía... Un hermoso sol se reflejaba por las rendijas del vagón y por una ventanilla abierta muy cerca del techo.

Juan y el otro vagabundo hablaron respectivamente sobre sus pobres vidas azarosas y el ladrón manifestó su propósito de quedarse en la ciudad de Danbury.

—¡Mal pueblo, amigo!—dijo su compañero, que al parecer conocía bien a las gentes de aquellos contornos—. Es un país poco amable para los vágabundos.

—Yo sé de un lugar que no me negará albergue.

—¡Dichoso de ti! Yo, en cambio, voy siempre a la deriva... Ahora pienso ir a San Francisco, si es que antes no me descubren y me meten en la cárcel.

Por fin llegaron a Danbury, y Julio, abriendo con cautela la puerta, se despidió de su compañero de viaje y saltó furtivamente del vagón.

Pero alguien había presenciado aquella operación del viajero misterioso.

Era el sheriff, que, al darse cuenta del aspecto de aquel hombre, y al verlo bajar de un vagón de carga, no tuvo duda de que se tra-



taba de un sujeto peligroso y se dispuso a darle el alto.

Y así, tan pronto Julio Bryant pasó ante él, lo cogió por las solapas y comenzó a zanzarlo brutalmente.

—¡Eh, vagabundo! ¿Qué se te ha perdido en este pueblo? ¿Por qué viajas sin billete, por qué?

Julio se turbó y tuvo miedo. Pero, revistiéndose de una gran dosis de serenidad, dándose cuenta de que si quería salvarse de ir a presidio había de realizar excelentemente su comedia, contestó, procurando librarse de las garras enérgicas de su interlocutor:

—¿Cómo? ¿De ese modo se recibe a un antiguo vecino de Danbury?

—¿Vecino de Danbury? ¿Quién eres? No mientas.

Realizando un nuevo esfuerzo para dar visos de verdad a sus palabras, respondió:

—Soy Juan Bennett... ¿No se acuerda de mí? Claro, salí tan niño...

—¡Juan Bennett! ¿Tú?... ¡Qué alegría!

Y los brazos que poco antes eran argollas se convertían en dulces caricias para él.

—¡Oh, Juan Bennett! Hace mucho tiempo que tu madre te espera—añadió.

—Lo sé... Y al fin me he decidido a venir.

—¿Y qué ha sido de ti por el mundo?

—No me acompañó la fortuna. Vencido, vengo a reunirme con mi madre.

—Lo contenta que estará la pobre mujer. ¡Cuántas veces me ha hablado de ti! ¡Su hijo, su cabecita loca!...

Julio sonreía, pero en su interior había una gran agitación. Se encontraba comprometido en una grave aventura... ¿Iba todo a salir bien? ¿No adivinaría la madre, con esa misteriosa percepción de la maternidad, que él no era su hijo?

Pero, rechazando aquellos pensamientos, se dispuso a disipar toda sospecha y a seguir manteniendo por algún tiempo su papel de Juan.

Allí no era fácil que nadie fuese a detenerle. Se encontraría seguro entre aquella gente y esto era lo más importante.

El sheriff le invitó a subir a su desvencijado automóvil, y rápidamente marcharon a la casa de la anciana señora.

Por el camino, el sheriff le habló de los vecinos del pueblo, pronunció nombres absolutamente desconocidos para Julio, quien, sin embargo, sonreía comprensivo, como si lo recordase todo a la perfección.



—No... no te puedes acordar de eso—le dijo el sheriff—. Cuando te marchaste no tenías más que diez años.

Llegaron a la casa materna. Julio volvió a preguntarse si todo iría bien.

Llamaron... Aguardaron impacientes unos momentos, sin que nadie saliera a abrir. Al fin, el sheriff sonrió al ver un letrerito que había bajo el timbre, y que decía: "No funciona."

—Entremos... entremos—dijo.

Franquearon el umbral, avanzaron por una pieza sencilla, el recibimiento, y luego penetraron en una salita que daba a otra estancia más grande: el comedor.

En él vieron a una viejecita que iba de un lado a otro acabando de poner la mesa, en la que había dos cubiertos.

La señora Bennett conocía por el telegrama la inmediata llegada de su hijo, y esto producía a la anciana, que ya no creyó nunca viable la vuelta del hijo, una emoción indescriptible.

—¡Espérate! — murmuró el sheriff al oído de Julio—. Ella no te ha visto aún...

Avanzó hacia la señora Bennett y la saludó cordialmente:

—Señora... Le traigo una gran sorpresa... al-

go que sé le ha de agradar mucho. Mire usted...

—¿Una sorpresa?

La abuela se volvió rápidamente y vió en la cercana estancia a un joven que la contemplaba con ojos temerosos.

Su corazón maternal dió un vuelco; mil sentimientos se forjaron rápidamente en su corazón y adelantó con paso lento y majestuoso hacia el muchacho desconocido.

Julio, pálido y temeroso, miró a aquella mujer, a la que él iba a engañar tan burdamente haciéndose pasar por su hijo. ¿Le reconocería la anciana como tal?

No tuvo valor para decir una sola palabra, para mentir un afecto que, al fin y al cabo, no sentía, pues la señora era para él perfectamente desconocida.

La señora Bennett paróse ante él. Todo le decía que aquel muchacho era el hijo que llevaba quince años ausente del hogar... Sus manos trémulas y de venas abultadas le acariciaron con timidez... Sus ojos se clavaban en los de Julio con cariño divino...

Durante unos momentos le estuvo contemplando con gentil amor, pero sus brazos no hicieron la acción de estrechar entre ellos a Julio.

El sheriff dijo al fin:



—¡Es Juan, Juan! ¿No conoce usted a su hijo, María?

La madre calló unos momentos y luego exclamó con acento de dulcísima ternura:

—¡Sí, hijo mío! ¡Hijo mío!

Y los brazos que hasta entonces habían permanecido impasibles, estrecharon el cuerpo de aquel muchacho, y su boquita desdentada y vieja besó el rostro de Julio.

Este, obligado por la fuerza de las circunstancias, abrazó también a su supuesta mamá... y durante unos minutos permanecieron unidos en dulce y honrada caricia.

—¡Cuántas cosas tenemos que contarnos, hijo mío! Necesito conocer tu vida, toda tu vida. Has sido tan parco en escribirme...

—Sí, mamá... tienes razón... Pero, ¿qué iba a decirte, sino miserias? ¡Me han ido tan mal las cosas!...

El sheriff se había retirado discretamente... Julio, contento de que todo se deslizase sin la menor dificultad, sonreía alegremente... La perspectiva de pasar algún tiempo en aquella casa donde tenía asegurada la comida, no le parecía mal...

Y, locuaz, expresivo, comenzó a inventar historias sobre su pasado, excluyendo naturalmen-

te toda alusión a su oficio de enemigo de la ley.

Había sido muy desgraciado, según dijo. Probó diversos oficios... y en todos fracasó. Las cosas estaban tan mal, que era difícil poderse ganar la vida. Y por eso había vuelto a la casa de su madre, porque en ningún sitio se es tan feliz como en el propio hogar.

Y contento de su frase, que le parecía la de un hombre honrado y bondadoso, miró a la viejecita, que seguía mirándole con deliciosa ternura.

De pronto, la señora Bennett le dijo:

—Pero, ¡qué tonta!... No me acordaba de que estarás hambriento... Vamos, Juan, la comida te espera.

—En efecto... Tengo bastante apetito.

Y al hallarse ante la mesa y ver que le servían un plato humeante de sopa, el ladrón Julio Bryant, el hombre que había vivido hasta entonces en los bajos fondos sociales sin conocer la familia, se sintió momentáneamente feliz.

Y se dijo que no había sido mala idea la de suplantar al camarada desaparecido... Al fin y al cabo, no hacía con ello daño a nadie... Todo lo contrario... Daba alegría a aquella vieja que



se deshacía en caricias para él, y que creía tener un hijo que, en realidad, dormía el sueño de la muerte...

\* \* \*

Julio tuvo que resignarse a sufrir la conversación de la vieja, que le recordaba cosas lejanas de su infancia... El muchacho aseguraba que no recordaba apenas nada de sus días infantiles. No quería comprometerse diciendo alguna barbaridad.

Y la señora Bennett le iba mostrando objetos de cuando él era niño, juguetes, libros, cuentos de hadas y duendes, que en Navidades lejanas la madre viuda le había regalado.

—¡Cuán feliz era yo entonces, Juan!... A los diez años, un día, huiste de mi hogar porque querías ser un "hombre", y hasta ahora no has vuelto...

—No te quejes, madre... Yo quería luchar para darte una buena posición, una vejez rica y hermosa... pero no ha sido posible... Vuelvo más pobre de lo que me fuí.

—¡Ambiciosillo! ¿Por qué no te resignaste a permanecer aquí? ¡Ah, sólo me consuela una cosa! ¿Verdad que durante esos años fuiste siempre un muchacho honrado?

Sin saber por qué, Julio palideció, no sólo

por él, sino por el recuerdo de Juan, el desgraciado camarada, que desde su adolescencia apenas fugado de su casa, se había encaminado ya por la pendiente del vicio, aunque ocultando siempre a su madre esa verdad.

—Sí—añadió al cabo de unos momentos—, de nada tengo que arrepentirme.

Luego examinaron unos retratos de los abuelos, de los antepasados de la familia. Julio comenzaba a aburrirse... Pero la señora Bennett le mostró entonces un jarrón que había sobre la mesa y lo vació, apareciendo ante los asombrados ojos de Julio una porción de billetes y de monedas de plata.

—Son mis ahorros... todo lo que será para ti cuando yo me muera.

—¡Oh, oh!

Sus ojos parpadearon de codicia, de ambición. No estaba mal, no estaba mal. La fiera que llevaba dentro de su alma, la que le obligaba a apoderarse de lo ajeno, despertaba en él con una furia salvaje.

Concibió el propósito de apoderarse, en la primera oportunidad, del dinero de la anciana. Allí se estaba bien, no había duda... pero ¡ay! gozar del dinero... volver a manejar billetes...



Su bolsillo estaba exhausto y le convenía llenarlo otra vez.

Pero disimuló con toda cautela y continuó escuchando cosas de un pasado que no era el suyo, de unos detalles absolutamente desconocidos para él, de un ambiente que no había vivido nunca.

Pasó toda la tarde en casa. Luego, después de cenar, retiróse a su habitación. Estuvo largo rato paseando, concibiendo planes para realizarlos después, convencido de que no convenía levantar sospechas.

La madre llamó a la puerta de su habitación y Julio tuvo que desnudarse rápidamente y metióse en la cama.

Hizo ver que dormía, y la vieja penetró poco después en la alcoba de su hijo.

Miró a Julio con profunda emoción, y sus labios se posaron sobre la frente que creía immaculada. Julio, inconscientemente, se estremeció, y aquel beso maternal le recordó sin querer el de la mujer que le diera la vida, y cuyo recuerdo estaba aún en su imaginación.

La abuela, de puntillas para no despertarle, cogió la americana y el pantalón de Julio y se marchó con estas prendas. Quería plancharlas...

Cuando desapareció, el joven irguióse prestamente, pensando con recelo que en el bolsillo de su pantalón estaba su revólver. En cuanto a documentos, no llevaba ninguno comprometedor. Sólo la carta de su madre, que daba mayor autenticidad a la farsa.

¡Bah! ¡Había que alejar todo temor! Y volvió a arrebujarse en las blancas sábanas, sintiendo su dulce calor y diciéndose que realmente no había nada tan interesante como un hogar honrado...

Y en sueños, pensó en el dinero del jarrón.

\* \* \*

Cuando despertó, a la mañana siguiente, vió junto a sí su traje, divinamente planchado y como nuevo.

¡Pobre mujer! Indagó en los bolsillos, hasta encontrar de nuevo el revólver. ¿No habría hecho sospechar algo a la señora Bennett, la presencia de aquella arma? El diría, en todo caso, que llevaba el revólver para su defensa.

Vistióse con rapidez, contento de llevar aquel vestido nuevo y volvió a pensar que no había nada más cómodo que la vida de familia.

Desayunóse y después se dispuso a ir a dar



una vuelta por el pueblo, su pueblo "natal", que él no conocía...

Su madre estaba arreglando el comedor, lo tenía siempre limpio como una patena. El joven avanzó hacia la puerta, y al pasar por una



*...hasta encontrar de nuevo el revólver...*

de las habitaciones, vió el jarrón del dinero sobre una vieja cómoda.

Paróse en seco. Su anterior vida de ladrón reclamaba sus derechos ante la oportuna y magnífica ocasión.

A lo menos había allí doscientos dólares, en-

tre billetes y plata. ¿Por qué no huir con aquel dinero?

Un hombre con dinero tiene muchos caminos abiertos. El marcharía al extranjero y procuraría llevar una vida de rango.

Vaciló varias veces... Una voz honda, acaso la voz del lejano hogar de su infancia, le acusó de que iba a cometer una acción innoble, imperdonable.

¡Robarle el dinero a una pobre vieja que le creía su hijo! ¡Quitarle el sudor de sus afanes, el fruto de sus ahorros, la cosecha de sus pequeños y heroicos sacrificios! No, esto no era lo mismo que robarle a un joyero, a un potentado que poseía una gran fortuna y que no habría de sufrir demasiado con perder un fajo de billetes. Pero... aquella viejecita que con tanta ternura le cuidaba...

Alargó algunas veces la mano y la volvió a retirar, como si el contacto del jarrón le estredeciera. Pero la voz del mal es siempre más voluminosa, más implacable que la del bien. Sólo en los espíritus fuertes y moldeados para la lucha, el mal ha de retroceder. Y Julio era débil... Julio era un ladrón...

¡Fuera escrúpulos que él no había conocido jamás y que creía propios de mujeres y de gen-



tes insignificantes!... A quedarse aquellos dólares... Una vez robados, desaparecería de allí... y procuraría poner mucho terreno por medio...

Precipitadamente cogió el jarrón y lo acarició con temor. Luego, caminando de puntillas, procurando que la vieja no se diera cuenta de su acción, avanzó hacia la puerta... Y en el momento en que iba a abrirla, ésta fué empujada con cierta violencia desde el exterior y la madera vino a chocar contra el jarrón, haciendo éste añicos y desparramando por el suelo los billetes de Banco y las monedas de plata.

Horrorizado, Julio dió un paso atrás... y vió en el umbral de la abierta puerta a una encantadora muchacha, autora imprevista del accidente.

La joven miró a aquel desconocido y dijo:

—¡Qué imprudente he sido!... Usted perdone. Pero fué sin querer. ¡Cuánto lo siento!

Julio no sabía qué contestar. Miraba indistintamente el rostro de la muchacha y el dinero caído... y no sabía qué cosa le parecía más bella, más tentadora...

Allí estaban las monedas fascinadoras, los billetes, con los que tanta felicidad se podía comprar, según él creía, y, enfrente, se hallaba

la muchacha más bonita que sus ojos habían visto nunca.

—Usted dispense...—volvió a decir ella, con voz murmuradora de surtidor.

—No tiene por qué excusarse... La culpa fué mía, por alargar demasiado el brazo—respondió.

E inclinóse para recoger con extraña nerviosidad aquella cifra de dinero.

La señora Bennett apareció en el recibidor. Miró a su hijo y luego a la joven y después el jarrón roto donde guardaba sus ahorros. Sus ojos interrogaron a Julio con su dulce mirada característica.

—¿Qué ha pasado, Juan?

—¡Nada! ¡Una fatalidad! Precisamente salía con el jarrón para llenarlo de flores, cuando se abrió la puerta...

—Y yo con la violencia rompí el jarrón... Perdóneme, señora Bennett.

—Pues no faltaba más...

La desconocida miró a Julio, y luego dijo a la madre:

—Creo que debía usted presentarnos, señora Bennett...

—Es verdad... Eulalia, éste es mi hijo... Juan,



«Ésta es Eulalia Merrill, una vecina muy amable y simpática.

—Una vecina preciosa — dijo Julio.

Ella, sonriente, le tendió la mano.

Julio, cada vez más turbado, fué a estrechar



*Sus ojos interrogaron a Julio...*

la mano blanca de la joven, pero se dió cuenta de que llevaba en la suya el dinero que había pretendido robar.

Temblando, devolvió el dinero a la viejecita y pudo de este modo estrechar de manera

franca y limpia, la diestra de Eulalia... Nunca sintió como entonces tal alivio...

—¡Su madre se siente orgullosa y feliz de que haya usted vuelto!—le dijo Eulalia, bondadosamente.

El joven se estremeció, y una voz pareció decirle en su interior:

—¡Estar orgullosa de mí... un miserable, un ladrón, que iba a despojar a una pobre vieja!

—Toma este dinero, Juan, y llévalo al Banco... Realmente, no debería tenerlo en casa—dijo la madre.

—Pero, yo...

—Es mejor depositarlo en el Banco... Hazme el favor de ir.

Julio volvió a recoger los billetes y las monedas, y esta vez ya no le pareció que le quemaban las manos.

Saludó dulcemente a Eulalia, besó a su madre y salió con precipitación, como si quisiera huir de sí mismo.

Por el camino, la luz matinal, la amorosa luz del sol, pareció serenar su espíritu.

Guardaba ahora en el bolsillo aquel dinero, aquellos ahorros de la vieja, que ésta con noble y ciega confianza había puesto en sus manos.



¿Qué hacer? ¿Continuaría su primer propósito de robarlos, o, por lo contrario, iría a dejarlos fielmente en la casa de banca?

Fué avanzando distraídamente por las calles, hasta que, de un modo misterioso e inconsciente, se encontró ante el establecimiento de crédito.

¿Entraría? ¿Huiría, en cambio, con aquel dinero que ya era suyo? Ante él pasó la imagen de la vieja llorando amargada la traición, y pasó un rostro que él acababa de ver jovial y alegre, y ahora le parecía mirar triste y dolorido: un rostro de mujer joven, de virgen adorada, un rostro que parecía bañado en un extraño nimbo celestial... En vano la voz del mal, la voz del ladrón, quiso tomar sus derechos... Ahora, fracasó. Julio no quiso hacer llorar a dos mujeres.

Entró en el Banco y, muy aprisa, como si tuviera miedo de arrepentirse de un momento a otro, extendió la hoja de ingreso y depositó en la caja la cantidad íntegra, total, que le diera la señora Bennett.

Al salir suspiró profundamente, y por primera vez sintió un suave bienestar, una alegría nueva, fresca, tranquila, que en nada se parecía a

la alegría que es producto del mal o del daño ajenos...

Una sorpresa le esperaba al salir. Sentada en el volante, en un bello automóvil, se hallaba Eulalia Merill.

—Me ha parecido verle entrar y le he aguarado—dijo ella—. Vamos, ¿adónde quiere usted que le lleve?

—¡Oh!, señorita, yo...

No sabía cómo expresarse. No estaba acostumbrado a hablar con mujeres como aquella, pues en sus correrías ciudadanas, sólo tuvo tratos con desdichadas de la peor especie.

—¿Adónde va usted?—insistió ella.

—No sé... por ahí... a pasear...

—Supongo que deseará usted buscar trabajo, ¿no es cierto?

El ladrón, para quien aquella palabra no había existido nunca, la repitió con extrañeza:

—¿Trabajo?

—Sí, naturalmente... Si quiere, le recomendaré a papá, que es el dueño del hotel.

Y los ojos claros de aquella mujercita le miraron con una dulce serenidad.

—A usted no le molestará que yo intente ayudarle, ¿verdad, Juan?—insistió ella, bondadosamente.



—No... no...

La voz del mal protestó aún: "No trabajes. Si trabajas, estás perdido". Pero él acalló esta voz.

—Muchas gracias por su interés—dijo—. Sí, quiero trabajar... aunque sólo sea por no tener que marcharme de este pueblo y dejar de ver a usted...

—A mí, no... A su madre...

—A las dos.

—Vamos, vamos... suba usted.

Y montó en el auto. Y las manos hábiles de la muchacha guiaron el coche hacia el hotel.

Y Julio se sentía extrañamente feliz. Ya no pensaba en huir... Ahora, después de la limpia acción de entregar el dinero, no parecía que le desagradaba la idea de trabajar...

\* \* \*

Llevaba ya ocho días empleado en el *bureau* del hotel de Danbury. Cumplía bien y dejaba que pasasen los días sin que él hubiese determinado aún lo que realmente iba a hacer de su porvenir.

Pero cuando se desanimaba, cuando de nuevo le venía la nostalgia de su vida aventurera, surgía el recuerdo de Eulalia... y también de la

pobre vieja que le creía su hijo y que le trataba como sólo saben hacerlo las madres.

Un día, uno de los viajeros entregó a Julio una cartera con documentos.

—Sírvase guardarme en la caja estos valores hasta mañana—le dijo.

—Bien, señor.

Cuando el cliente desapareció, el joven miró el interior de la cartera y vió en ella importantes valores.

Su corazón palpitó con inaudita violencia, sus manos adquirieron una posición de garfios prontos a estrechar y a guardar aquellos papeles legítimos.

Su pasado de ladrón acababa de resurgir con fuerza. Allí había a lo menos cinco mil dólares... Una fortuna... con la que podía escapar.

No vaciló más. La ambición podía más que los buenos propósitos. Pero en el instante en que iba a quedarse con la cartera, apareció la figura deliciosa, cautivadora, de Eulalia Merrill.

Y el antiguo ladrón se sintió desarmado... y fué a guardar precipitadamente aquel dinero en la caja, y volvió cerca de Eulalia.

—¿Cómo va ese cargo? ¿Le gusta a usted?—le dijo ella sonriente.



—Estoy encantado con él. Y no puedo olvidar que fué usted quien me lo proporcionó.

—¡Ojalá siga siempre pensando así!

—Tengo pocos deseos de cambiar de ocupación... Sé que la debo a usted y eso me haría permanecer aquí eternamente.

Despertaba en él una elocuencia extraña y misteriosa, la elocuencia del amor que poseen aún las almas más toscas cuando se ven heridas por el divino sentimiento.

Y hablaron... y no se dieron cuenta de que varios huéspedes del hotel hacían cola pacientemente ante el mostrador, en espera de que al señor empleado le diera la gana de acabar con su "flirt".

La inesperada presencia del señor Merrill, el dueño del hotel, suspendió la interesante conversación de los dos muchachos...

Julio, nervioso, despachó a los clientes, y Eulalia se excusó ante su papá:

—¡Había venido para llevarte a casa, papá!

—¿Para... llevarme a casa? ¡Sí, ya lo veo!

Y, riendo, marchó finalmente con su hija, mientras el joven quedaba, extático, con los ojos fijos en la puerta por la que ella acababa de desaparecer.

Se daba cuenta de que en su alma flotaba un nuevo sentimiento, algo desconocido que le producía una embriaguez maravillosa... ¿Tal vez el amor honrado?

Pasó varias horas en arrobadora emoción hasta que de pronto, el recuerdo de los valores que había en la caja, le volvió a atormentar.

Abrió de nuevo la caja y tuvo entre sus manos el paquete. Pero al ver que aparecía su madre volvió a dejar la cartera y cerró con precipitación.

—No, no... aquello no era suyo... aquello no podía pertenecerle jamás. Y sintió rabia contra su debilidad anterior...

La vieja señora Bennett venía a traerle la comida.

—¿Estás muy ocupado, Juan?

—Un poco, mamá.

—Comeremos juntos, ¿quieres?

—Sí, madre.

Y se dirigieron a un cuartito contiguo donde comieron con tranquilidad y alegría.

—Hoy te hice unos pastelitos de los que tanto te gustaban... ¿Recuerdas cómo me los robabas cuando eras niño?

—Sí... sí...



Y al oír la palabra robar sintió que un fuego de vergüenza cubría sus mejillas.

¡Ah, se estaba volviendo indudablemente otro hombre! La influencia generosa de aquellas dos mujeres estaba forjando un alma firme, un



*Pero al ver que aparecía su madre...*

alma nueva, un alma donde no la hubo jamás, pues antes fué un cuerpo dominado por los peores instintos.

Después de la comida, la señora Bennett abandonó el hotel, y el muchacho volvió a su sitio

de trabajo, sin acordarse ya para nada de aquellos valores...

Y todo el día se sintió divinamente feliz bajo el sosiego de su conciencia...

Pasó otra semana... Un día, Julio tuvo fiesta en el hotel... Y concertó con Eulalia salir a dar un paseo con ella.

Mientras se arreglaba, mirándose al espejo, Julio se decía:

—Julio Bryant, vas siendo demasiado bueno para ladrón... pero aun te falta mucho para llamarte honrado...

Pero ya no le desagradaba la idea de ser finalmente un hombre honrado, de permanecer allá siempre, de borrar toda huella con su pasado que ya le inspiraba repugnancia.

Aquel día cuidó mucho su "toilette". Debía reunirse con Eulalia y bien valía la pena de ir bien vestido...

De pronto sonaron los bocinazos de un automóvil... Eulalia desde la calle le advertía de su presencia.

Despidióse el joven amablemente de la señora Bennett y, ésta, dándose cuenta de lo que pasaba por el corazón de Julio, le dijo:

—No la hagas esperar... Y sólo te deseo,



Juan, que ella sea tan feliz como a mí me has hecho...

—Sí, madre, sí.

La abrazó con el mismo cariño que si fuera una madre de verdad... Y salió a la calle.

Subió al coche de Eulalia, y el vehículo partió rápidamente hacia el parque zoológico que había en los alrededores de Danbury, y que los dos jóvenes querían visitar.

Durante el camino charlaron de mil cosas... Para Julio ya no existía en aquel instante su pasado. Maldecía de él. Su única dicha, lo que había dominado enteramente su alma, era aquella criatura que tenía al lado y cuyo dulce perfume iba penetrando en él saturándole por entero.

Junto al parque dejaron el automóvil y comenzaron a pasear por el recinto. Miraron sonrientes las hermosas especies zoológicas encerradas en jaulas, los poderosos leones, los feroces tigres, los monos que hacían sonreír con sus divertidas piruetas.

Después pasearon por jardines menos concurridos, deslumbrantes de vegetación y de perfume.

La joven se colgó de su brazo, y el antiguo ladrón sintió en su alma un ansia extraña de

confesar la verdad, de no engañar más a aquella hermosa mujer que le creía un hombre bueno e irreprochable.

Fueron a sentarse a un banco del paseo, y de pronto, Julio, llevado por un impulso sagrado, dijo mirando las divinas pupilas de su enamorada:

—Eulalia... quisiera hablar a usted de algo... muy íntimo.

—¿Qué sucede?

Sin atreverse a mirarla, sintiendo que el rubor de la vergüenza le cubría las mejillas, dijo:

—Todo es engaño en mí... No soy lo que he hecho creer a ustedes. Yo...

Pero antes de que pudiera hacer su confesión, la joven le tapó dulcemente la boca con una de sus manos:

—Yo no he preguntado a usted, Juan. Nunca tuve interés en conocer su pasado.

—Debo justificarme...

—Bien enterrado está lo que fué, amigo mío. Nuestras cabezas sólo deben alzarse para mirar al futuro.

Le fué desarmando con aquellas frases amables, sabias, de mujer que se hace cargo de que la vida es una continua tempestad y de que hay que sufrir sus embates.



Y él no tuvo valor para insistir y se dejó convencer por aquella voz divina de mujer que le iba diciendo:

—No quiero saber su pasado. Sólo su presente y su porvenir me interesan...



—Yo no he preguntado a usted, Juan.

Instintivamente sus manos se enlazaron y sus bocas se encontraron unidas, sin saber cómo, sin haberse dicho una palabra de amor... Fué después, cuando él exclamó lleno de un bienestar misterioso:

—Eulalia, perdóneme; pero yo la quiero...

Ella se reclinó en uno de sus hombros y volvió a fruncir los labios para que le diera otro beso.

—Sigue diciéndome cosas bonitas, Juan, que las oigo con mucha alegría—exclamó—. También tú eres mi dueño, Juan.

Sus almas juveniles habían vaciado ya el secreto de su amor. Por primera vez sus corazones se confesaban el divino sentimiento. El alma de Eulalia se abría a la brisa que estremece los mundos... Y el corazón de Julio que en su vida perversa no había tenido tiempo de pensar en el amor, sentía el milagro de aquel cariño luminoso como un sol...

Las carcajadas burlonas de unos paseantes les hicieron retirar sus labios, y avergonzados de que les hubiesen visto besarse, huyeron rápidamente, como dos chiquillos cogidos en plena travesura.

\* \* \*

Al día siguiente, Julio volvía a estar de turno en el hotel. Y a eso de mediodía recibió la visita de un huésped, y al reconocerle sintió que toda su felicidad se derrumbaba con estrépito.

También el viajero le contempló con asombro mirando al propio tiempo las letras que en una



pizarra situada detrás del mostrador, decían: "De turno: Sr. Juan Bennett."

Pálido como un muerto, con la pluma entre las manos, Julio Bryant contemplaba al hombre que le parecía se había levantado de un sepulcro.

¡Era Juan Bennett, el auténtico Juan Bennett, el amigo que creía muerto!

Horrorizado, le hizo entrar en el despachito contiguo y exclamó:

—¡Tú!... ¿Tú aquí?

—Sí, yo... — dijo el interesado, tranquilamente—. Y... gran lealtad la tuya, Julio... Creyéndome muerto te convertirte en Juan Bennett, ¿verdad? ¿Fué acaso para rehabilitar mi nombre?

—Pero, Juan... no puedo comprender... Si yo te dejé muerto en Nueva York. ¿Qué misterio hay aquí, qué ha ocurrido? ¡Habla... habla... por Dios!

—¡Nada misterioso, Julio Bryant! Los policías me cogieron vivo todavía, me llevaron al hospital y, en cuanto pude, me fugué...

Julio le miraba con espanto. Era la sombra del pasado que resurgía, un pasado que él creía desaparecido para siempre, un pasado que quería borrar de su imaginación, pues ya sólo de-

seaba vivir con la que iba a ser su mujer y con la anciana madre adoptiva.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Qué te trae a tu tierra?—le dijo.

—Pues nada—respondió con un gesto cínicco—. Otros dos muchachos y yo seguíamos en el tren a un antiguo cliente... Un negocio, ¿sabes? Mucho dinero... Un asunto en perspectiva que si no hubiera fracasado... Pero el cliente bajó en la estación anterior y nos fué imposible robarle... Y estando tan cerca, se me ocurrió dar un vistazo a la ciudad de mi *hogar amado*.

—¿Y qué es de tu vida, Juan?

—Lo de siempre... Estar a la que salta. Procurarse todos los negocios que llegan a las manos.

Tristemente le contempló su compañero y lamentó que aquel hombre no se hubiera regenerado como él.

—Has vuelto a casa, Juan. ¿Por qué no te quedas... y te redimes?

—¿Qué burla es esa, Julio?—contestó riendo—. ¿Quién soy yo aquí, si veo que tú eres Juan Bennett?

Julio tuvo un gesto de nobleza.

—Tú eres primero que yo. Tu nombre te pertenece... Si lo adopté, fué porque te creí bien



muerto... Pero, ahora que vuelves, si tú quieres, diré la verdad a todos... Estoy dispuesto a proclamar tus derechos, y a partir.

Oyéronse pasos. Eran viajeros que llegaban. Julio rogó a su amigo aguardase mientras él iba a despachar a la nueva clientela.

Un caballero estaba ante el "bureau". Julio le dió la pluma para que firmase en el libro registro, y al mirarle, volvió a experimentar otra nueva y profunda sorpresa.

Ante él tenía nada menos que al joyero Stark, al hombre al que allá en Nueva York quiso robar las joyas en frustrado intento.

Stark le contempló con atención y sus ojos duros y enérgicos giraron en las órbitas.

—No recuerdo dónde he visto yo a usted antes... pero su fisonomía no me es desconocida— dijo con voz fría...

—Yo no sé...

—No... no puedo recordar...

Realmente, no pensaba que aquel honrado funcionario de hotel fuera el mismo apache que le quiso robar en Nueva York.

Stark, sin dar más importancia al asunto, se sacó del bolsillo dos carteras, y dijo:

—Haga el favor de poner esto en la caja.

Temblando, Julio depositó en la caja el par

de carteras llenas de billetes, y luego entregó la llave de una habitación al joyero Stark, quien había decidido permanecer un día en Danbury.

Juan había entreabierto la puerta del des-



*Ante él tenía nada menos que al joyero Stark...*

pachito y vió como el comerciante entregaba las carteras a Julio.

Este, una vez hubo desaparecido Stark, volvió a reunirse con Juan, y le dijo, reprochándole:

—Era a Stark a quien veníais siguiendo, ¿verdad?



—Así es... Magnífica ocasión se me presenta... para robarle.

—No harás eso.

—¿Te has convertido en un santo?

—En un hombre honrado, Juan... Ojalá tú llegues a ser lo mismo.

—¡Qué tontería!... Yo nunca sabré lo que es eso... Pero, ¿oyes?... Pronuncian tu nombre.

—Aguarda... aguarda...

—Si es la policía, dile que tú eres Juan Bennett...

Julio salió del despachito y vió ante el mostrador a la bondadosa señora Bennett, su su-puesta madre, que, como todos los días, le lle-vaba su comida.

Palideciendo, recogió la comida y balbució:

—No te quedes hoy a comer aquí conmigo... Tengo mucha prisa... y me espera un trabajo enorme...

—Pero, ¿qué te pasa, hijo mío? Te veo alte-rado, inquieto...

—Nada, mamá. La ruda labor.

Cogió la cesta, y dió un beso a aquella mu-jer a la que amaba con toda su alma, pues a ella y a Eulalia debía su regeneración moral. La vieja se fué alejando, preocupada, pre-

guntándose qué podía ocurrir a su hijo, tan ri-sueño siempre.

Julio volvió a reunirse con su camarada.

—¿Quién estaba ahí?—le dijo Juan.

—Era... tu madre...

—¿Mi madre?

Por un impulso natural, acaso por la voz de la sangre, Juan se asomó a la puerta y vió a la anciana que iba alejándose con la lentitud de sus cansados pies.

Pero aquel corazón empedernido, aquel mal hijo que no conocía el amor filial, no sintió el anhelo de correr hacia la que le había dado el ser y abrazarla de rodillas.

Volvió a cerrar la puerta y dijo con una car-cajada innoble:

—No la hubiera conocido... Pero, dejémonos de sensiblerías... y a otra cosa. ¡Abre esta caja!

—¿Que yo abra esta caja? ¿Te has vuelto loco? ¿Para qué?

—No te hagas el tonto. Necesito los billetes de Stark... Me he de vengar de la bala que por su culpa recibí...

—Yo no hago eso.

—¡Traidor!... ¿Me obligarás a que te mate? Sus labios temblaron de ira, y su mano, hun-



dida en un bolsillo de la americana, empuñó un revólver.

—¡No! ¡No abriré!—gritó Julio.

—Voy a matarte. Pronto... ¡abre... o disparo!

Había en él tal decisión que Julio no tuvo la menor duda de que aquel hombre sin conciencia, de que aquel malvado iba a matarle. Y tuvo miedo. El temor de la muerte, la idea de que muriendo perdía para siempre a la amada, fué más grande que la defensa de su puesto... Y, obligado bajo el revólver amenazador del criminal, abrió la caja de caudales y le entregó, temblando, las carteras.

—¡Bien, chico!... Me voy, *Juan Bennett*... ¡No dejes de mantener el fuego sagrado del hogar! He hecho un buen negocio. Yo solo me quedo con todo el dinero... ¡Adiós!

Pero en el momento en que iba a desaparecer, por la ventana saltaron los dos cómplices de Juan, que habían ido con él en el tren.

Amenazándole con una pistola, uno de ellos le gritó:

—Pensabas que podrías traicionarnos, ¿eh? ¿Conque tú solo te quedas con el dinero, no?

—¡Sí!

—¡Pues toma, ladrón!

Y le descerrajó un tiro casi a quemarropa, y

el miserable Juan Bennett, lanzando un grito horrible, se desplomó en el suelo.

El cómplice se inclinó para recoger las carteras, pero Juan, con un último y desesperado esfuerzo, empuñó su revólver y disparó contra su asesino, quien cayó muerto junto a él.



—*He hecho un buen negocio.*

Al ver caer a su compañero, el otro ladrón se arrojó por la ventana, temeroso de la acción de la justicia.

Julio cogió de nuevo las dos carteras y luego colocó a Juan Bennett sobre un diván.



Puso una mano sobre su pecho. Desdichadamente ya no había nada que hacer. Juan estaba bien muerto... Esta vez no cabía duda... Su corazón no funcionaba ya.

¡Desgraciado!

El ruido de los disparos atrajo al despacho a varios huéspedes entre los que se hallaban el joyero Stark, quien al ver lo ocurrido y a Julio con las carteras en la mano, se las arrebató violentamente y gritó:

—Ahora recuerdo dónde había visto a usted... Y reconozco a su cómplice. ¡Llamen en seguida a la policía!—advirtió a otros huéspedes.

Julio, sereno y firme, se excusó:

—Yo no quise robar, señor... Mi vida se ha regenerado. Vino ese hombre a quitarme las carteras que usted me dejó — dijo señalando a Juan—, y bajo amenaza de muerte, tuve que entregarlas. Luego apareció ese otro hombre... disputaron... y mutuamente se han dado muerte. Esa es la verdad, señor.

—Miente, miente... No me venga usted con historias...

Apareció pugnando desesperadamente por abrirse paso, la señora Bennett... Lanzó un grito de espanto al ver los dos muertos, y luego abra-

zó a Julio. Pero éste, dispuesto a decir la verdad, a no seguir usurpando un nombre que no le pertenecía, tuvo un arranque de suprema dignidad:

—Mentí a usted... señora... Yo no soy su hijo...

—¿Qué dices?



—Su hijo... su hijo... es éste...

—Perdone la crueldad de mis palabras... Su hijo... su hijo... es éste... — dijo señalando a Juan—. Yo, indignamente, usurpé su nombre... Y su hijo, señora... su hijo acaba de dar la vida... defendiendo lo que pertenecía a otros...



Estaba yo hablando con él cuando entró ese ladrón—e indicó al cómplice—. Quiso robarme y Juan me defendió y encontró la muerte en la lucha. Ha caído como un hombre honrado, señora...

Miraba a la desgraciada mujer, viendo el efecto que sus palabras producían en ella.

Julio, con su declaración, acababa de borrar todos los pecados de su existencia. Acababa de tejer para Juan Bennett una corona de hombre honrado. No quería Julio que la madre llorase nunca a un hijo rufián... Puesto que todo había terminado, puesto que Juan ya no podía desmentirla jamás, quería Julio que aquella madre pensase que su hijo había sido siempre un modelo de caballeros y que había perecido como un valiente.

—Y ahora que sabe usted la verdad, no puedo seguir en un puesto usurpado, señora—añadió.

Pero la vieja ya no le oía... Se había arrodillado junto a su hijo y besaba el cuerpo manchado de sangre del que jamás la iba a escuchar... ¡Hijito, hijito!... ¡Qué muerte la suya defendiéndose contra los ladrones! ¡Qué muerte tan gloriosa!...

El señor Stark, que había presenciado toda la

escena, contemplaba con emoción a la pobre mujer y al empleado del hotel. Singularmente, las declaraciones de éste defendiendo al rufián, le impresionaron hondamente. Comprendió la intención de aquel hombre para con la madre y se sintió extrañamente conmovido.

Llegaron el dueño del hotel y su hija... Julio, desesperado, repitió a la novia su triste declaración. Había engañado a todos. El no era Juan Bennett. El verdadero Juan Bennett era el muerto.

La joven, bañada en un mar de lágrimas, le respondió:

—Un día te dije que no quería conocer tu pasado...

Y luego ayudó a erguirse a la pobre viejecita que no quería separarse del cadáver de su hijo, y la llevó al gran hall del hotel, seguida de Julio, de Stark y de otros huéspedes.

En aquel momento apareció la policía... Stark vaciló... Había llegado el instante de acusar, no sólo a los muertos, sino también a Julio, el cómplice que un día quiso robarle las joyas... Miró al antiguo ladrón... y luego dijo:

—Ese joven defendió mi propiedad con riesgo de su vida... Merece una recompensa... El quiso defender mi cartera contra un ladrón...



Julio le miró, pronto a caer a los pies de aquel hombre y agradecerle su conducta. Pero el joyero había ya desaparecido como si quisiera sustraerse á cualquier emoción.

Y Julio y Eulalia se acercaron a la pobre



—*Ese joven defendió mi propiedad...*

madre que seguía llorando, sin encontrar consuelo.

El muchacho estaba avergonzado. Pensaba despedirse de aquella mujer a la que tan vilmente había estado engañando. Pero la vieja alzó los ojos y le confesó entre sollozos:

—No, no te avergüences. Desde el primer día supe que no eras mi hijo, muchacho... Son cosas que sólo puede comprender una madre...

—¡Oh, señora!... Entonces...

—Pero no te negué mi ternura, pensando que acaso otra madre sufriría por ti... No me importa saber por qué usurpaste el nombre a mi hijo... Mi Juan ha muerto como un hombre honrado... y quiero que tú no me abandones nunca... que sigas siendo mi hijo...

Los tres se fundieron en un abrazo de amor, y por primera vez en su vida Julio conoció el consuelo de las lágrimas.

Marcharon a la casa de la viejecita... Y Julio y Eulalia le juraron no dejarla jamás, ser para ella como dos hijos...

Julio pidió perdón por el engaño a Eulalia, y ella no le dejó continuar la frase, pues como siempre, no le preocupaba de su novio el pasado, sino la vida presente y el futuro... el hermoso futuro de su cariño.

Y a la otra mañana el señor Stark partió de Danbury, después de despachar varios asuntos comerciales que le habían llevado a aquella región. Pero antes de partir dejó para Julio esta carta:



*Fuí indulgente con usted porque comprendí que había usted comenzado una nueva vida. Y puse mi corazón en su defensa, recordando que yo tengo, desgraciadamente, en alguna parte, un*



*Y Julio y Eulalia le juraron no dejarla jamás...*

*vagabundo sin hogar... ¡que es hijo mío!... Y porque quisiera que si algún día ese hijo mío vuelve a la vida honrada, encuentre también un alma generosa que le sepa perdonar como yo lo he hecho.*

*Consérvese honrado y feliz como yo deseo para mi pobre hijo.*

*Eduardo Stark*

Y así se conservó Julio Bryand. Y se casó con Eulalia, y su hogar, en que la presencia de la madre era la nota venerable, fué un santuario donde se rindió culto a todas las hermosas virtudes que dan a los hombres la verdadera felicidad.

F I N

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1



**El jueves** aparecerá  
el cuarto cuaderno  
de la deliciosa novela en veinte  
cuadernos

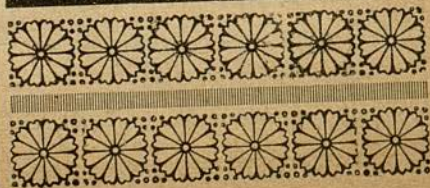
**De vendedora de periódicos  
a estrella de cine**

Formidable éxito

¡La novela que todos, aman-  
tes o no amantes del cine,  
leerán con deleite!

Inmejorable presentación  
Buena literatura  
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



**L  
A  
N  
O  
V  
E  
L  
A**  
para  
**T  
O  
D  
O  
S**

Ayer salió el primer número:

**Mary la buena, Mary la mala**

por Manuel Reinlein Sofomayor

Próximo número:

**La estrella de los montes**

por Regina Mercha i Vargas

COLABORACIÓN SELECTA

Bellos asuntos inéditos

¡LA NOVELA DEL DÍA!

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

**La Novela EVA**

Publicación semanal  
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos



**Ediciones Especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica  
¡Lo mejor del cine!**

**Ultimos éxitos:**

**La mujer ligera**

**Virgenes modernas**

**El pagano de Tahití**

**Estrellas dichosas**

**Esto es el cielo**

**Acaba de aparecer:**

**La senda del 98**

por Dolores del Río y Ralph Forbes

**¡SIEMPRE LO MEJOR!**

**Precio: 1 peseta**